

SAL 77 (76)

“Alzo mi voz a Dios gritando...”



Estimados amigos de la Biblia.

Os presento el comentario al Salmo 77 (76), una oración en medio de la angustia.

A GRITOS CON DIOS

¿Has rezado alguna vez a gritos? Puede que no donde la gente te pudiera oír, pero ¿en soledad, cuando no había nadie? ¿En medio del campo, en tu casa, en el coche...? ¿Le has gritado a Dios alguna vez desde tu interior más profundo? Es lo que hace el salmista:

Algo mi voz a Dios gritando, alzo mi voz a Dios para que me oiga.

¿Por qué grita una persona? ¿Por qué lo hace el autor de este salmo? Porque tiene la sensación de que su interlocutor no le escucha por estar lejos, porque no quiere o no puede... Este hombre tiene necesidad de ser escuchado por Dios porque su ausencia le causa una gran amargura. Sin Dios no puede vivir.

Y no solo le grita sino que, inmerso en su angustia, le busca, e incapaz de dormir por la noche, “extiende las manos sin descanso hacia él”. Su oración diurna se prolonga en medio de la oscuridad.

¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha sucedido para estar así? El Salmo no nos da ninguna pista al respecto. Solo nos da a entender que es algo que no solo le afecta a él, sino a todo el pueblo de Israel al que pertenece, pues utiliza el plural y se refiere a grandes y significativas intervenciones de Dios en favor del mismo.

Sea lo que sea, lo peor no es lo que haya sucedido, que debe de ser muy grave, sino lo que esto provoca en él: que Dios, a quien se dirige, ya no es para él motivo de consuelo, paz y esperanza, sino de todo lo contrario: de dolor y tristeza:

Cuando me acuerdo de Dios, gimo, y meditando me siento desfallecer.

¿Por qué? ¿Cómo puede ser? La ausencia de Dios le provoca a este hombre un estado de agitación tal, que le impide conciliar el sueño y articular palabra:

Sujetas los párpados de mis ojos y la agitación no me deja hablar.

Puede que ya te haya sucedido algo así o que conozcas a alguien a quien una situación especialmente grave le alterara tanto que no consiguiera hablar o solo pudiera hacerlo con voz temblorosa. Es lo que le pasa al salmista.

DIOS, ¿DÓNDE ESTÁ?

Este hombre busca una explicación a lo que está sucediendo. Su cabeza, como nos suele suceder a veces, da mil y una vueltas pero, a diferencia de nosotros, que buscamos una salida o una solución, él acude a la historia, repasando “los años antiguos y recordando los años remotos”, es decir, volviendo su mirada a lo que hizo Dios en el pasado en favor del pueblo de Israel.

No sabemos qué ha sucedido, pero sí, porque el texto lo deja bien claro, lo que el autor vive por dentro: la sensación de RECHAZO POR PARTE DE DIOS, y PARA SIEMPRE. Lo peor, por tanto, no es la desgracia que vive el pueblo y él mismo, sino las preguntas que esta suscita en él y la sensación, terrible y angustiosa, de que Dios ya no

está, de que se ha ido, de que les ha abandonado, dejándoles sin salida posible:

¿Es que el Señor nos rechaza para siempre y ya no volverá a favorecernos? ¿Se ha agotado ya su misericordia, se ha terminado para siempre su promesa? ¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad, o la cólera cierra sus entrañas?

Son preguntas que apuntan al peor de los escenarios: el cambio de actitud de Dios y esto, más que los acontecimientos, sin duda trágicos, es lo que le causa una profunda pena y le sumerge en un estado de angustia y agitación que hace casi imposible el vivir. ¿Qué horizonte le queda al creyente sin Dios? Ninguno, a no ser la desesperación y el sin sentido:

Y me digo: “¡Qué pena la mía! ¡Se ha cambiado la diestra del Altísimo!”

El salmista recorre incesantemente los tiempos antiguos recordando las proezas de Dios transmitidas por generaciones y que sus padres y maestros le contaron. No puede dudar de que fue así, de que Dios intervino e hizo maravillas en favor de Israel. Pero esto, en vez de ser motivo de alegría, lo es de tristeza y angustia porque el contraste entre aquellos tiempos y los actuales es brutal. Ahora Dios ha dado la espalda a su pueblo, que ha quedado a merced de los avatares de la historia y de los caprichos de pueblos más poderosos que él.

EL ACTO DE FE

Pues bien, en este contexto, nada fácil de manejar, el salmista hace una afirmación sorprendente:

Dios mío, tus caminos son santos: ¿qué dios es grande como nuestro Dios?

¿Cómo? Si Dios ha rechazado a su pueblo, si se ha agotado su misericordia y su bondad, si se ha olvidado para siempre de su promesa, ¿qué sentido tiene afirmar que todo lo hace bien y que no hay dios (con minúscula) como nuestro Dios (con mayúscula)? Afirmar esto va a contracorriente de lo que ha dicho antes, y lo afirma sin ningún motivo que lo justifique.

Dicho de otro modo: en vez de insistir y reafirmarse en la desesperación y el sin sentido, este hombre hace un ACTO DE FE, porque eso son sus palabras: un ACTO DE FE por el que afirma que, pase lo que pase, todo lo que hace Dios está bien hecho y no hay otro dios como su Dios. ¿Cuál es el fundamento de tal afirmación? No el presente, tan angustioso, sino las proezas que Dios hizo en el pasado en las que su cabeza y su corazón se centran una y otra vez.

Ante un presente dramático, que hace pensar que Dios ha abandonado a su pueblo, este hombre se agarra a las hazañas de Dios en el pasado. Y lo hace con tanta fuerza que son suficientes para sustentarle en medio de la amargura y la incertidumbre.

LA REFERENCIA DEL CREYENTE: LA OBRA DE DIOS

¿A qué proezas de Dios se refiere el autor bíblico? Al acontecimiento más importante de la historia de Israel: a la liberación de Egipto y, más en concreto, al paso del Mar Rojo.

La salida de Egipto no solo supuso para Israel dejar atrás la esclavitud, de la que no podía liberarse por sí mismo, sino también su nacimiento como pueblo y la conciencia de haber sido escogido y amado por Dios con un amor infinito.

Revivir esta experiencia de salvación le sostiene y le da fuerza en este momento de casi desesperación ante la sensación de que ese Dios, tan poderoso y fiel...

nos rechaza para siempre y ya no volverá a favorecernos... se ha agotado ya su misericordia, se ha terminado para siempre su promesa, se ha olvidado de su bondad y la cólera cierra sus entrañas.

Recordar las grandes acciones de Dios en el pasado es un movimiento propio del creyente. Cuando la vida se cierra, cuando el horizonte desaparece, cuando la oscuridad se instala, cuando no se sabe qué hacer ni se puede hacer nada, cuando Dios parece encolerizado, ausente o no existente..., el creyente vuelve a los acontecimientos fundantes de su fe:

En momentos de profundos cambios, turbación y crisis, si son los fundamentos los que se conmueven, las respuestas tienen que llegar a los fundamentos. Si el peligro es que se hayan cegado las fuentes, es a las fuentes y al manantial

que las nutre donde hay que llegar para encontrar una respuesta¹.

Por eso el salmista dedica buena parte del salmo a describir el paso del Mar Rojo, y lo hace con un lenguaje épico muy próximo al de la narración de Éxodo 14, porque el hecho salvador del pasado lo es también del presente. Estas son algunas de sus expresiones:

- *“CON TU BRAZO RESCATASTE A TU PUEBLO...” El brazo expresa el poder de Dios en una época en que el soldado dependía de él para manejar la espada y vencer a su enemigo.*
- *“TE VIO EL MAR, OH DIOS, Y TEMBLÓ, LAS OLAS SE ESTREMECIERON”: ¡QUÉ poder tiene el mar y las aguas en una inundación! Y sin embargo, es nada ante el de Dios, que manda sobre las fuerzas de la naturaleza: nubes, relámpagos, truenos, rayos..., a modo de un ejército. Cuando Dios se moviliza los demás poderes: el mar, la tierra y los enemigos del pueblo se estremecen y tiemblan.*
- *“TÚ TE ABRISTE CAMINO POR LAS AGUAS, UN VADO POR LAS AGUAS CAUDALOSAS”: las aguas, obstáculo insalvable, no lo son para Dios cuando decide actuar en favor de su pueblo.*

En esta fuerza, majestad y poder de Dios se fundamenta la confianza del salmista en medio de la oscura y radical crisis de confianza en él que vive. El argumento (no mental sino existencial y vital) es el siguiente: EL DIOS QUE FUE, SERÁ; EL DIOS QUE ESTUVO, ESTARÁ; EL DIOS QUE ACTUÓ, ACTUARÁ... Esa certeza se impone sobre sus dudas e incertidumbres y es lo que le salva y permite caminar en medio “de cañadas oscuras” (Sal. 22 (23)), aunque no vea ni rastro de la misericordia y la bondad de Dios.

LA REFERENCIA DEL CRISTIANO: JESÚS

¿Y nosotros los cristianos? ¿Qué acontecimiento tenemos como referencia de nuestra vida de fe? ¿A cuál nos referimos y recordamos contantemente? ¿De qué proeza de Dios vivimos? De LA PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS, NUESTRO SEÑOR.

Por Jesús hemos sido liberados de la esclavitud del mal, el pecado y la muerte y hemos sido introducidos en la misma Vida de

¹ J.M. VELASCO, *Testigos de la experiencia de la fe*, Madrid, Narcea S.A. de Ediciones, 2002², 7.

Dios; por él dejamos de ser esclavos del poder del mal, que anida en nosotros, para vivir como hijos de Dios y herederos suyos:

Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!

El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y sí hijos, también herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados (Rom 8,15-17).

Sí el autor de este salmo fuera un cristiano, el final del mismo podría ser más o menos así:

Tú, oh Dios, haciendo maravillas mostraste tu poder a los pueblos; con la muerte y resurrección de tu Hijo rescataste a todos los hombres.

Te vieron los fariseos, los escribas y doctores de la ley y temblaron. Te vio el Sanedrín, Herodes y Pilato y decidieron acabar contigo.

Te condenaron injustamente, te maltrataron, te cargaron con una cruz y te crucificaron.

Pero tú te abriste camino por las aguas caudalosas de mal, un vado por el poder casi omnipotente del pecado y de la muerte y resucitaste.

Venciste con la fuerza de Dios la del mal, el pecado y la muerte, nos salvaste y ofreciste tu Nueva Vida de resucitado a quien acogiera con fe el don de tu amor manifestado en tu entrega.

Y al concluir tu misión nos enviaste al Espíritu Santo y te quedaste entre nosotros en la Eucaristía como alimento que nos sustenta en nuestro caminar hacia ti.

Por todo esto te damos gracias y te alabamos.

CONCLUSION

Hasta aquí, mis queridos, nuestro comentario al Salmo 77 (76). Hemos conectado con él desde nuestra propia vida y lo hemos actualizado desde la PASIÓN, MUERTE y RESURRECCIÓN DE JESÚS. Ahora, dejémonos invadir y transformar por su Espíritu.

¡Cuánta vida en cada versículo! ¿Verdad? ¡Qué inmenso es Dios, que nos guía en medio de las “aguas caudalosas” de la vida!

Un gran abrazo y hasta nuestro próximo comentario.

Carlos Rey - SDB